

# Manolo Oropeza, siempre comprometido

Marisa Gómez Dantés\*

**E**n enero de 1975 obtuve mi plaza como ceramista en los Talleres de Reproducciones del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), en aquel entonces se encontraban en las instalaciones del Exconvento del Carmen, en San Ángel. A los pocos años de laborar ahí, mis compañeros ceramistas, plateros y joyeros me propusieron para formar parte del Comité Ejecutivo de la Delegación D-III-24 de la Sección XI del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE).

Yo tenía poco conocimiento de lo que era el INAH, pero al incorporarme a la actividad sindical, mi asombro creció día con día al saber que trabajaba en tan importante institución.

En esos primeros años del sindicato democrático en la Ciudad de México, nos dimos a la tarea de constituir el trabajo a escala nacional. Para ello se nombró a tres secretarios nacionales, quienes junto conmigo (secretaria de Organización) debíamos recorrer el país y organizar asambleas en museos, en zonas arqueológicas y en oficinas de los entonces centros regionales del INAH. Así fue como conocí a Manolo, él era uno de los secretarios nacionales, aunado con Rogelio (museógrafo de la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato)

y con Héctor (custodio de la zona arqueológica de Atzompa, en Oaxaca).

Mi experiencia sindical era prácticamente nula, pero siempre estuve acompañada por museógrafos (entre ellos, Manolo), restauradores, carpinteros, fotógrafos, custodios, secretarías, etcétera, quienes llevaban muchos años en la lucha por democratizar el sindicato y tener mejores condiciones de trabajo en el INAH. Con ellos me fui formando y aprendiendo día con día. Todos, en las distintas comisiones, eran sumamente comprometidos, disciplinados y ordenados, menos Manolo, comprometido sí, pero la disciplina y el orden nunca se le dio.

## NUNCA PERDIÓ LA SONRISA

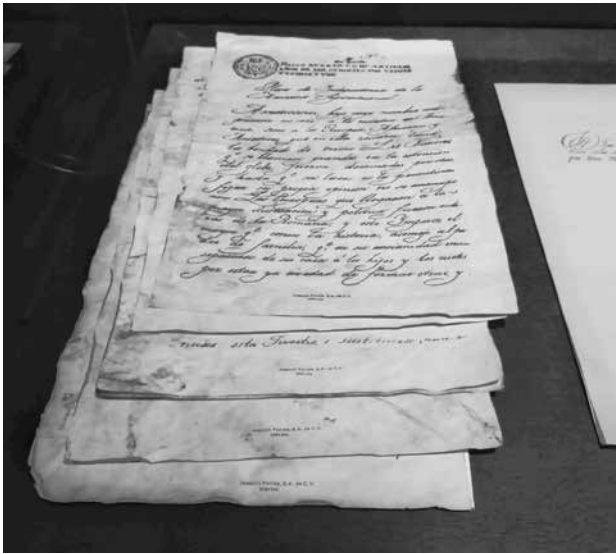
Recorrimos juntos varias zonas del país en condiciones muchas veces de pobreza extrema, ¡ja, ja!, pero eso jamás le quitó la sonrisa, la cual se convertía en franca carcajada cuando en los viajes que hacíamos nos narraba sus vivencias en la Ciudad de México cuando era un chamaco; parecía un cuento de niños porque muy emocionado nos contaba de los dulces que comía, de los juguetes de hoja de lata o de madera que le gustaban, de las fiestas de la urbe a las cuales asis-



Ramón Avendaño, director del Museo Regional de Querétaro; Diego Prieto Hernández, director General del INAH; Rosa Estela Reyes, directora del Centro INAH Querétaro, y Manuel Oropeza, 4 de noviembre de 2021. **Fotografía** © Archivo Museo Regional de Querétaro.



Manuel Oropeza y Marisa Gómez Dantés, 4 de noviembre de 2021. **Fotografía** © Archivo Museo Regional de Querétaro.



Documentos que forman parte del acervo del mro. **Fotografía** © Archivo Museo Regional de Querétaro.



Detalle de libro de Coro de la Biblioteca Conventual del mro. **Fotografía** © Archivo Museo Regional de Querétaro.

tía para ver los cohetes o la iluminación y de los tamalitos o los panes que tanto disfrutaba.

Nos platicaba también de las iglesias y de los mercados en el Centro Histórico y, por supuesto, del Museo de Antropología, que en sus tiempos se encontraba en la calle de Moneda, cuando él entró a trabajar al INAH. De repente detenía su narración y se admiraba con el paisaje por el cual íbamos pasando y entonces hablaba de las nubes, de los árboles, del maíz, de la tierra, de las piedras, de las hierbitas del campo, de los volcanes y de la lluvia.

En otro recorrido nos comentó que en 1962 se trasladó a Tabasco, a Campeche, a Yucatán y a Quintana Roo para adquirir piezas de indumentaria, de cerámica, de pesca o cacería, instrumentos de labranza, utensilios de cocina, etcétera, para formar las colecciones de las salas de etnografía del futuro Museo de Antropología en Chapultepec. Hasta una casa maya se llevó y se reía muchísimo, recordaba los pleitos entre el equipo que viajó por esas tierras en una vieja camioneta.

Durante las asambleas sindicales llamaba la atención que, mientras yo me preocupaba por transmitir “el mensaje revolucionario” a nuestros compañeros de los centros regionales, Manolo estuviera sentado hasta atrás del auditorio leyendo un libro, sobre todo de teatro, ya fuera de Ionesco, de Pirandello o de Beckett. ¡Ah!, pero cuando decidía tomar la palabra, dejaba boquiabiertos a los trabajadores, pues tenía un amplio conocimiento de la historia del país y de nuestra institución, una enorme experiencia en el trabajo (sobre todo de museos) y conocía a detalle la problemática de cada una de las especialidades. En ocasiones se desviaba del tema y dedicaba una larga intervención para hablar de unos clavitos o de ciertos adhesivos con los que trabajaba en los recintos.

Manolo estaba convencido de la necesidad de que los trabajadores del INAH se unieran a escala nacional y que nuestro quehacer se dirigiera al fortalecimiento de la institución.

#### MELÓMANO DE CORAZÓN

Batallé bastante durante nuestros congresos nacionales del sindicato, porque me la pasaba buscando a los delegados que Manolo sacaba de las sesiones para ensayar las obras de teatro que presentaba en la clausura de las asambleas. Nuestro secretario general, muy molesto, me pedía fuera a rescatar a los delegados para continuar con los trabajos del congreso. Me tardaba mucho en regresar porque me quedaba fascinada a ver los ensayos y volvía a las sesiones sin los delegados que, supuestamente, había salido a buscar.

Cuando Manolo y yo trabajábamos en el local sindical ubicado en Córdoba 45, en la colonia Roma, lo acompañé algunas veces a la Sala Margolín (cerró sus puertas en 2012, luego de seis décadas de ofrecer libros y discos. Octavio Paz, Gabriel García Márquez, Eduardo Mata y Mario Lavista, entre otros, fueron sus clientes frecuentes. N. del E.) para comprar discos de música clásica, pero también de canción de protesta y folclor latinoamericano, que estaban de moda en esa época. Fue cuando me enteré de su pasión por la ópera.

De esos años –principios de los ochenta– permanecen en mi recuerdo no sólo lo mucho que trabajamos en el sindicato, sino también, lo mucho que bailamos, que nos quisimos y nos emborrachamos todos juntos.

Años después lo visité en Guadalajara. Recorrimos el Museo Regional en el cual trabajaba Manolo. ¡Vaya experiencia! ¡Vaya conocimiento de sus colecciones! Fue una clase magistral sobre el arte virreinal. Estuvimos en su casa, llena de



Detalle de la pintura *La educación de la Virgen*, del pintor novohispano Luis Juárez. **Fotografía** © Archivo Museo Regional de Querétaro.

cerámicas, libros, artesanías, esculturas y pinturas; su hogar estaba lleno de música, de humo de cigarro, de colores, de sabores y de tequila.

#### **ACTIVISTA, TEATRERO, ESCRITOR, CANTANTE E HISTORIADOR**

Fue hasta 1995 cuando nos volvimos a encontrar en Querétaro, pues cambié mi adscripción de la Coordinación de Restauración en Churubusco, al Centro INAH Querétaro. Recuerdo a la perfección el día en que lo vi de lejos, en la esquina de Corregidora y Pino Suárez, con su sombrero (seguramente de jipijapa), un mediodía muy soleado. ¡Manolo!, me dije... Y tantas emociones y remembranzas se me arremolinaron en el corazón y en la mente.

Era nada más y nada menos que el director del Museo Regional de Querétaro y, por lo tanto, era mi jefe.

No sé cuántos años llevaba Manolo viviendo en Querétaro, pero a mi llegada, él era ya un hombre sumamente reconocido por la comunidad intelectual y cultural del estado. Formaba parte de un colectivo denominado “El Mitote”, du-

rante algún tiempo publicó la revista *Voz Crítica*, cuya sede estaba en la Plaza de los Platitos. Allí llegaban teatreros, músicos, pintores, cantantes, escritores y activistas (la mayoría muy jóvenes). Manolo era todo eso: activista, teatrero, escritor, cantante, historiador y, sobre todo, joven. Estas actividades las llevó también al Museo Regional, pues abrió sus puertas a toda la sociedad queretana: a los poetas, a los indígenas, a los vendedores de merengues, a las mujeres, a los cineastas y a los niños.

A Manolo le había tocado la difícil tarea de levantar de nuevo el recinto, luego de que el gobierno estatal lo despojó de gran parte de sus grandiosas pinturas y esculturas virreinales para conformar el Museo de Arte del Estado.

Yo llegué bien aplicada al museo, con un listado de tareas que junto con mis colegas de la Coordinación de Restauración vislumbramos para el recinto. Pero les recuerdo, eso de la disciplina y el orden no comulgaba con la forma de ser de Manolo. Al principio me costó mucho trabajo agarrarle el ritmo y entender su manera de trabajar. Pero arrancamos.

Por ejemplo, con el inventario. Para mí era indispensable conocer el acervo que se albergaba en el museo, primero de manera técnica: cantidad y tipos de objetos, su ubicación, su temática, sus autores, sus medidas, etcétera. El inventario con el cual se contaba tenía infinidad de lagunas. Por ello, me vi en la necesidad de ir a la oficina de Manolo para presentarle todas mis dudas y, entonces, como mago, sacaba de unos cajones esas hojitas de papel delgadito, escritas a máquina con papel carbón, ya muy manoseadas, con dobleces en sus bordes, viejitas, con unas pequeñas fotos en blanco y negro engrapadas, pero llenas de observaciones escritas con la maravillosa caligrafía de Manolo.

Él buscaba la pieza que yo le pedía y, entonces... mejor siéntate. Ya se tratara de una punta de lanza de obsidiana, de un quechquémetl, de una vasija trípode, de una pintura del siglo XVIII o del ataúd de Maximiliano, con una gran pasión me contaba la historia de ese objeto, del portento de su técnica de manufactura, de su belleza, me hablaba del contexto del cual formó parte. En fin, pasábamos horas tomando café, salía yo de la oficina maravillada con sus historias, aunque casi nunca resueltas mis dudas técnicas. Siempre pensé que algún día le robaría esas hojitas manoseadas que contaban tantas historias.

#### **“PLÁTICAME LOS COLORES”**

Por primera vez empezamos a restaurar las pinturas en las instalaciones del museo, se acostumbraba más bien enviarlas a la Ciudad de México para su intervención. La primera fue *La educación de la Virgen*, un óleo de Luis Juárez, pintor novohispano del siglo XVII. Luego trabajamos una enorme pintura de José de Ibarra, *Alegoría de la Inmaculada Concepción*, entre muchas otras que restauramos después. En los

meses que duraban esos trabajos, Manolo era feliz de ver al equipo de carpinteros, de restauradores, de museógrafos, el inventarista, y hasta algún custodio que se nos unía, trabajando sin cesar. Manolo impulsaba, fomentaba y amaba el trabajo en equipo. No concebía otra forma de realizar nuestras actividades en el museo. Se la pasaba todo el día visitándonos, atento a cualquier cosa que necesitáramos.

En lo particular, mi trabajo como restauradora creció y se complementó al ser acompañado por Manolo. Por las mañanas, muy temprano, café en mano, nos íbamos a la sala donde estábamos restaurando el cuadro de Luis Juárez. Nos sentábamos a observar, un rato en silencio y después empezaba a platicar sobre la escena representada, la historia del pintor, la pintura novohispana en nuestro país, la carita de la virgen y su vestido, los trazos, las luces, las sombras, la grandiosidad del rompimiento de la gloria, lo terrenal, lo sublime, los rostros, las manos, la arquitectura, la composición.

En especial con este cuadro me llevé una tremenda sorpresa. Ya restaurado, al día siguiente de su presentación, Manolo me llevó a la sala y, como siempre, nos sentamos a observar, ahora acompañados por el olor de los barnices finales aplicados y me dijo: “Platícame los colores”. Fue cuando me enteré de que Manolo veía diferente, y esta particularidad fue muy importante al restaurar la pintura de José de Ibarra. Manolo acompañó muy de cerca el proceso de limpieza de este complicado cuadro y sus ojos nos ayudaron a rescatar con sumo cuidado rostros que apenas se percibían en los fondos oscuros de la obra.

Trabajar con Manolo en el Museo Regional fue siempre una aventura muy placentera, llena de descubrimientos y aprendizajes. Nos convertíamos en monjes franciscanos recorriendo la Biblioteca Conventual con sus 14 mil volúmenes, acariciando los viejos pergaminos, disfrutando las capitulares de los ejemplares de coro, observando con lupa los detalles de los elementos tipográficos que adornaban textos –muchos de ellos escritos en latín– o las marcas de fuego en los cantos de los libros.

Manolo tenía el mismo conocimiento sobre la artesanía mexicana y en especial de la cerámica de las distintas regiones del país; ya fuera una máscara, una laca, un jorongo, una escobetilla, una servilleta deshilada o un petate, siempre desbordó una profunda erudición y amor por cada uno de estos objetos.

Realizar los lunes el mantenimiento museográfico, trabajar para una exposición temporal, montar el Altar de Dolores o el de Día de Muertos, pasear por el Patio de los Naranjos junto con don José, el jardinero, revisar los acervos en el depósito de colecciones, recorrer el pasillo con las pinturas de Miguel Cabrera, sentarnos en la fuente y fumarnos un cigarrillo, preparar alguna charla, recibir a algún grupo en especial fueron actividades que llevamos a cabo muertos de la



Marisa Gómez Dantés, restauración de obra, Sala de Sitio del MRO. **Fotografía** © Archivo Museo Regional de Querétaro.

risa, con mucho compromiso y llenos de pasión. Todo esto nos contagiaba Manolo, un hombre sabio y sencillo.

No recuerdo haberlo visto enojado ni regañando a un trabajador. Más bien los compañeros lo regañaban a él, porque un día antes de la inauguración de alguna exposición decidía cambiar colores, piezas o mamparas, y lo hacía risa y risa como si fuera un chiquillo disfrutando de sus travesuras.

Desde entonces he necesitado del acompañamiento de este maestro; incluso, ya jubilada y trabajando en otros espacios, siempre recurría a él, pues requería de sus consejos, de su manera de observar los objetos y entender la vida misma, precisaba de su plática, de su amistad y de su cariño. Lo pasaba a buscar al Museo de la Ciudad y a veces nos atravesábamos la calle a desayunar unos chilaquiles y a conversar.





Museo Regional de Querétaro, 4 de noviembre de 2021. **Fotografía** © Archivo Museo Regional de Querétaro.

### EL CUERPO, UN LIBRO

En su libro *El infinito en un junco* (2019), Irene Vallejo escribe:

Nuestra piel es una gran página en blanco; el cuerpo, un libro. El tiempo va escribiendo poco a poco su historia en las caras, en los brazos, en los vientres, en los sexos, en las piernas. Recién llegados al mundo, nos imprimen en la tripa una gran ‘O’, el ombligo. Después van apareciendo lentamente otras letras. Las líneas de la mano. Las pecas, como puntos y aparte. Las tachaduras que dejan los médicos cuando abren la carne y luego la cosen. Con el paso de los años, las cicatrices, las arrugas y las ramificaciones varicosas trazan las sílabas que relatan una vida.

Cuando leí estas líneas, me acordé de Manolo y así lo marqué en el libro de Irene Vallejo. Recuerdo estar sentada a su lado largas horas y durante muchos días dictándole su paleografía de algún antiguo texto muy complicado, el cual

se requería para una de las nuevas salas del museo. A veces tardaba mucho en dictarme, estaba totalmente concentrado en el texto y mientras tanto yo observaba intrigada su cara, sus canas, sus gestos, sus brazos y las venas de sus manos, las pecas y arrugas en su cara, todo ello me hablaba sobre la vida de Manolo, como si se tratara de un libro –tan complicado y universal como el que estábamos *paleografiando*–.

Gracias a Manolo, tenemos en casa pinturas de artistas queretanos que él nos dio a conocer. Conservo con inmenso cariño los casetes con música que me regaló, quién sabe si todavía sirvan, pero los tengo bien guardaditos. Conservo y lucen plenas en mi casa, las piezas de cerámica que me trajo de Michoacán. Manolo, maestro y amigo querido, muchas gracias. **GM**

---

\*Restauradora, trabajó en la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural y en el Museo Regional de Querétaro.